

—Pepa, Pepilla...—dijo Leon con acento cariñoso.

Pero no tuvo respuesta ni distinguió nada en aquel cuadro de tinieblas profundas. Despues oyó un débil gemido. Largo rato estuvo en la ventana llamando á intervalos sin obtener contestacion. Pero los gemidos seguian, anunciando que en el fondo de aquella oscuridad existia un dolor.

Esperó más; al fin se alejó paso á paso turbado como un pecador y tétrico cual un asesino.

VII

Dos hombres con sus respectivos planes.

Tropezó con un bulto, sintiendo al mismo tiempo fuerte palmetazo en el hombro, acompañado de estas palabras: "La bolsa ó la vida.,"

—Déjame en paz,—dijo Leon apartando á su amigo y siguiendo adelante.

Pero Cimarra se pegó á su brazo y le retuvo haciéndole girar sobre un pié. Por un instante se habria podido ver en aquel grupo el paso vacilante y el vaiven de un grupo de borrachos. Pero suposicion tan fea se hubiera desvanecido al oir á Cimarra, el cual, muy serio, ceñudo y con la voz ronca y airada, dijo á su amigo:

—¡Suerte deliciosa!... Estoy luciéndome en Iturburua.

—Déjame, tahir,—replicó Leon con ira sacudiendo el brazo en que hacia presa su

amigo.—No tengo humor de bromas ni intencion de prestarte más dinero... ¿Se ha retirado del juego el marqués de Fúcar?

—Ahora vá á su cuarto. Es hombre de una suerte abrumadora. Así está el país... Esta noche el pobre país he sido yo... ¡Infeliz España!... Solís ha ganado mucho. Desde que le han hecho gobernador de provincia tiene una suerte loca; las víctimas somos Fontan, el jefe de la Caja de X... y yo... Es temprano. Leon sube á tu cuarto y trae *guita*.

Leon no dijo nada porque su espíritu estaba en gran confusion y desasosiego, muy distante de la esfera innoble en que el de su amigo se agitaba.

En vez de subir, como Federico queria, entró con él en la sala de juego. Una de las víctimas ántes mencionadas roncaba en un divan. La otra se disponia á salir con gesto y voz que indicaban un humor de todos los demonios, andando perezosamente y tomando precauciones contra el fresco de la noche.

Los dos amigos se quedaron solos.

—No juego,—dijo Leon bruscamente.

Conociendo el genio poco voluble de Leon Roch, Cimarra pareció resignarse, y sentado junto á la mesa acariciaba con sus dedos finos y esmeradamente cuidados la

baraja. El grueso anillo que ceñia su meñique, despedia pálidos reflejos á la luz ya mortecina del quinqué, y fijos los cansados ojos en las cartas, las pasaba y repasaba, mezclándolas y remezclándolas de todas las maneras posibles. Eran en sus manos como una masa blanda que aceptaba la forma que le querian dar.

—Yo no tengo la culpa, yo no tengo la culpa,—dijo lúgubrementé Leon que se habia sentado en un divan, mostrando hallarse muy agitado.

—¿De qué?—preguntó Federico mirándole con asombro.—Á ti te pasa algo, bandido. ¿En dónde has estado?

—No estoy enfermo. Lo que me pasa no puedo confiártelo... Es una pena singular, un remordimiento... no, remordimiento no, porque en nada he faltado... una pena, un sentimiento... tú no comprenderias esto aunque te lo explicase: eres un libertino, un depravado, un corazon muerto, y tus emociones son de un orden profundamente egoista y sensual.

—Gracias. Si no soy digno de recibir la confianza de un amigo...

—Tú no eres mi amigo; no puede haber verdadera amistad entre nosotros dos. El acaso nos hizo amigos en la infancia; la Na-

turaliza nos ha hecho indiferentes el uno al otro. En esta region frívola, de pura fórmula cuando no de corrupcion, en que tú has vivido siempre, no puedo yo respirar ni moverme. Llévome á ella la vanidad de mi pobre padre, cuyo cariño hácia á mí ha tenido extravíos y alucinaciones. Mi carácter y mis gustos me inclinan á la vida oscura y estu- diosa. Mi padre, que se ganó una fortuna con el sudor de su frente en el rincon de una chocolatería, quiso hacer de mí un sér infinitamente distinguido y aristocrático tal como él lo concebía en su criterio errado, y me dijo: "Sé marqués, gasta mucho, revienta caballos, guía coches, seduce casadas, ten queridas, enlázate con una familia noble, sé ministro, haz ruido, pon tu nombre sobre todos los nombres." Sus palabras no eran estas; pero su intencion sí.

La agitacion de su alma no permitia á Leon estar sentado por más tiempo, y se levantó. Hay situaciones en que es preciso aventar los pensamientos para que no se aglomeren demasiado y anublen el cerebro, formando en él como una negra nube de es- peso humo.

—¿Y á qué viene eso?—preguntó Federico con hastío.—No hables tonterias y echemos un...

—Dígame esto porque estoy decidido á desertar... Me son insoportables los caracté- res de esta zona social á donde mi padre me hizo venir. No puedo respirar en ella; todo me entristece y fastidia, los hechos y las personas, las costumbres, el lenguaje... y las pasiones mismas, áun siendo de buena ley. Sí, me entristecen tambien los afectos dis- paratados, el sentimiento caprichoso y en- fermizo que se ampara de todas aquellas al- mas no ocupadas por una indiferencia re- pugnante.

—Enérgico estás,—dijo Cimarra tomando á risa el énfasis de su amigo.— Á tí te ha pasado algo grave: tú has recibido una pica- da repentina, Leon. Á prima noche te ví tranquilo, razonable, cariñoso, un poco triste, con esa melancolía desabrida de un hombre que se va á casar y vive á ocho leguas de su novia... De repente te encuentro en la alame- da, alterado y trémulo, te oigo pronunciar palabras sin sentido, entramos aquí, y noto palidez en tu cara, un no sé qué... ¿Con quién has hablado?

El jugador le observaba atentamente sin dejar de remover las cartas entre sus dedos.

—No te diré,—indicó Leon ya más sereno,—sino que mi cansancio, va á concluir pron- to. Yo labraré mi vida á mi gusto, como los

pájaros hacen su nido segun su instinto. He formado mi plan con la frialdad razonadora de un hombre práctico, verdaderamente práctico.

—He oido decir que los hombres prácticos son la casta de majaderos más calamitosa que hay en el mundo.

—Yo he formado mi plan,—prosiguió Leon sin atender á la observacion del amigo,—y adelante lo llevo, adelante. No puede fallarme; he meditado mucho, y he pesado el pró y el contra con la escrupulosidad de un químico que pesa gota á gota los elementos de una combinacion. Voy á mi fin, que es legitimo, noble, bueno, honrado, profundamente social y humano, conforme en todo á los destinos del hombre y al bienestar del cuerpo y del espíritu; en una palabra, me caso.

Federico le miraba y le oia con expresion de malicia socarrona.

—Me caso, y al elegir mi esposa... no está bien dicho elegir, porque no hubo eleccion, no; me enamoré como un bruto. Fué una cosa fatal, una inclinacion irresistible, un incendio de la imaginacion, un estallido de mi alma, que hizo explosion levantando en peso las matemáticas, la mineralogía, mi seriedad de hombre estudioso y todo el fardo enorme de mis sabidurías... Pero esto no impide que

ántes de decidirme al matrimonio no haya hecho una crítica fria, y serena de mi situacion y de las cualidades de mi novia. Debo hacer lo que voy á hacer, Federico, debo hacerlo; estoy en terreno firme; este paso es acertadísimo. María me cautivó por su hermosura, es verdad; pero hay más, hay mucho más. Yo procuré dominarme, acerqueme con cautela, miré, observé, como hombre acostumbrado á observar científicamente, y en efecto, hallé dentro de aquella hermosura un verdadero tesoro, no ménos grande que la hermosura misma que lo guardaba. La bondad de María, su sencillez, su humildad, y aquella sumision de su inteligencia, y aquella celestial ignorancia unida á una seriedad profunda en su pensamiento y en sus gustos, me convencieron de que debia hacerla mi esposa... Te hablaré con toda franqueza: la familia de mi novia es poco simpática. ¿Pero qué me importa? Yo me divorciaré hábilmente de mis suegros... No me caso más que con mi mujer, y ésta es buena; posee sentimiento y fantasia, y esa credulidad inocente que es la propiedad dúctil en el carácter humano. Su educacion ha sido muy descuidada, ignora todo lo que se puede ignorar; pero si carece de ideas, en cambio hállase, por el recogimiento en que ha vivido, libre de rutinas peligrosas y de los

conocimientos frívolos y de los hábitos perniciosos que corrompen la inteligencia y el corazón de las jóvenes del día. ¿No te parece que es una situación admirable? ¿No comprendes que un sér de tales condiciones es el más á propósito para mí, porque así podré yo formar el carácter de mi esposa, en lo cual consiste la gloria más grande del hombre casado?... porque así podré hacerla á mi imagen y semejanza, que es la aspiración más noble que puede tener un hombre y la garantía de una paz perpétua en el matrimonio. ¿No te parece así?

—¿Me consultas á mí que soy un egoísta corrompido?...—dijo Federico con ironía...—Leon, tú estás loco.

—Te consulto como consultaría á ese banco,—dijo Leon volviéndole la espalda con desprecio.—Hay situaciones en que el hombre necesita decir en voz alta lo que piensa para convencerse más de ello. Haz cuenta que hablo solo. No me contestes si no quieres... Sí, la haré á mi imagen y semejanza; no quiero una mujer formada, sino por formar. Quiérola dotada de las grandes bases de carácter, es decir, sentimiento vivo, profunda rectitud moral... Conocimientos muy extensos del mundo y la ridícula instrucción de los colegios, lejos de favorecer mi plan, lo embar-

zarian; tendría que demoler para edificar sobre ruinas; tendría que ahondar mucho para buscar buena cimentación.

Entonces hubo un cambio de actitudes. Arrojó Federico la baraja sobre la mesa, levantóse, y después de dar algunas vueltas alrededor de Leon que permanecía sentado, le puso la mano en el hombro y en voz baja le dijo:

—Señor sabio, también los ignorantes depravados fijan su mirada en el porvenir; también forman sus planes, no con matemáticas, pero quizás con más garantías de seguridad que los hombres prácticos. Digamos, entre paréntesis, que el burro es un animal práctico... No condenan el matrimonio, al contrario, le consideran necesario para el adelantamiento de las sociedades y el perfeccionamiento de las condiciones...

Dió otras dos vueltas y después añadió:

—De las condiciones del individuo. Ya comprenderás lo que quiero decir... Por acá no somos sabios, ni después de enamorarnos como cadetes, hacemos un estudio exegético de las cualidades de las dignas hembras que van á ser nuestras mujeres... no aspiramos tampoco á fabricar caracteres: esta manufactura la tomamos como está hecha por Dios ó por el Demonio. Eso de casarse para ser

maestro de escuela, es del peor gusto. Á otra cosa más que al carácter es preciso atender en estos apocalípticos tiempos que corren. La desigualdad de fortuna entre los seres creados, y el desgraciado sino con que han nacido algunos, el desequilibrio entre lo que uno vale y los medios materiales que necesita para luchar con y por la vida, ¡oh! el pícaro *struggle for life* de los transformistas es mi pesadilla... la falta de trabajo que hay en este maldito país, y la imposibilidad de ganar dinero sin tener dinero... ¿oyes lo que digo?... pues estas causas todas y otras más, nos obligan á considerar ántes que el mérito de nuestras futuras...

—¿Qué?...

Cimarra hizo con los dedos un signo muy comun, diciendo:

—El trigo...

Como se ve, de su agraciada boca afluia el lenguaje complejo de ciertos jóvenes del día, y mezclaba el idioma de los oradores con el de los tahures, las elegantes citas en habla extranjera con los vocablos blasfemantes que aquí no se pueden decir...

—La vida moderna,—añadió,—se va haciendo cada vez más difícil; los ricos como tú pueden echarse á volar por el mundo de las moralidades y no poner en su corazón de-

seo que no sea puro, y no tener pensamiento que no sea la quinta esencia del éter más delicado. Pero no hay que exagerar, como dice el marqués de Fúcar. Yo sostengo que eso que los tontos llaman el vil metal, puede ser un gran elemento de moralidad. Yo por ejemplo...

—¡Tú! ¿De qué eres ejemplo tú?...

—Yo... quiero decir que hallándome en posesion de una fortuna, seria un modelo de patricios, y quizás pasaria á la posteridad con el calificativo de ilustre. ¿Pues no es ya frase de cajon, frase hecha, llamar ilustre á D. Francisco Cucúrbitas?

—Aunque quieras disimularlo, en tí hay un resto de pudor,—le dijo Roch.—Tu relacion no es tanta como quieres hacer creer.

—Todo es *al respective*, como dice, siempre que bromea mi amigo Fontan,—repuso Cimarra alzando los hombros.—No se puede juzgar así, tan á la ligera, á un hombre que vive entre ricos y es pobre. Fijate bien en esto. Á tí se te puede hablar con franqueza. Mis proyectos no son todavía más que anteproyectos, querido... allá veremos... se me figura que he empezado bien. El tiempo lo dirá. Puede que algun día, cuando vivas olvidado de mí en medio de tu felicidad de marido pedagogo, oigas decir que este perdido

de Cimarra se ha casado. Á eso vamos, á eso marchamos. Este pobre tiene también sus planes y sus filosofías. Todos somos galápagos, y otros tienen más conchas que yo... No creas que me desentiendo de las prendas morales de mi mujer; y estoy seguro de que no me caso con un monstruo. Habrá honradez, señor sabio, habrá honradez, hijos y hasta nietos.

—¿Has elegido?

—He elegido... Te advierto que no doy gran valor á la belleza física. Los hombres superiores no se dejan seducir y enloquecer como tú por unos ojos más ó menos grandes y una boca que luego han de afean los años... La hermosura vive poco ¡ay! como dijo el poeta, *l'espace de un matin*... Hay un conjunto agradable y simpático, maneras distinguidas, cierta discreción, cierta travesura agradable, chiste y hasta *zandunga*... De educación no estamos bien; pero no pensamos poner cátedra... Hay mucho bueno, algo que no lo es tanto; abundan las genialidades tontas, los caprichos, los hábitos de despilfarro...

Leon se puso pálido, fijando en su amigo una mirada ávida.

—Á mí me importa poco que rompa platos que no valen nada, que haga pedazos un cua-

dro de Murillo, que haga picadillo de encajes... Hay cosas en que los maridos no deben meterse.

Roch miró con estupidez el hule verde de la mesa en que apoyaba sus codos.

—¡Hombre, cómo se va el tiempo!...—dijo bruscamente, levantándose y abriendo la ventana.—¡Si es de día!...

La claridad de la mañana entró en la sala. Iluminados por aquella, los dos rostros aparecieron melancólicos y pálidos. La luz de la lámpara brillaba aún lacrimosamente dentro del tubo y alargaba fuera una lengüeta negra, delgada, hedionda.

—¡Qué vida para reparar la salud!—dijo Leon.

Miró luego por la ventana el cielo turbio y lloroso, cuya tristeza servía de cuadro sombrío á la tristeza de los dos trasnochadores. Leon empleó un rato en la contemplación vaga de que apenas se da cuenta el espíritu en horas de cansancio y que fluctúa entre el sueño y la pena, no siéndonos posible decir si dormimos ó padecemos. En aquel momento Federico halló en su amigo un aspecto excesivamente triste, pues todo en él era negro, la ropa y la barba; y su hermosa fisonomía, de un moreno subido, tenía cierto tinte acardenalado, á causa del insomnio. Su ancha fren-

te, llena de majestad, mas revelando brumas cavilaciones, dominaba su persona como cielo cerrado y opaco que guarda en sí la luz y sólo muestra las nubes.

Volviéndose repentinamente hácia su amigo, Leon dijo:

—Pues buena suerte.

—Siento no poder dormir un poco,—manifestó Federico.—Me muero de sueño; pero tengo que ponerme en camino con Fúcar.

—¿Te vas?

—¿No te lo habia dicho? Se han empeñado en que les acompañe... Vamos adelante, adelante con los faroles.

Cimarra aderezó sus palabras con una sonrisa maliciosa.

—Buen viaje,—dijo Leon volviéndole la espalda.

Sintióse más tarde el ruido de los coches del marqués, que estaban ya dispuestos para llevar á los viajeros á la estacion de Iparraicea. Subió Federico á su cuarto para arreglarse precipitadamente, y al poco rato oyóse en el falansterio el estrépito que acompaña á la salida y entrada de huéspedes, arrastre de equipajes, rugido de mozos, chillar de criados. Leon permaneció en la sala de juego, y aunque sentia la voz del marqués y de su hija que entraban en el espacioso comedor

á desayunarse, no quiso salir á despedirles.

Media hora despues partió un ómnibus cargado de mundos y de criados, seguido de la berlina que llevaba á los tres viajeros. Leon vió el primer coche pasar junto á su ventana, pero ántes de ver el segundo, dió media vuelta, y marchando de un ángulo á otro con las manos en los bolsillos, dijo para sí:

—Debo estar tranquilo: yo no tengo culpa.

Salió despues al pasillo, donde empezaban á aparecer arrebujados y claudicantes los bañistas de más fé. Los bañeros, con sus mandiles recogidos, entraban en los calabozos donde yacen las marmóreas tinas, y con el vaho sulfuroso salia por las puertecillas ruido de los chorros de agua termal y el de las escobas fregoteando el interior de las pilas.

Despues salió á la alameda, y como viese á lo léjos los dos coches que subian por el cerro de Arcaitzac, dió un suspiro y dijo para sí:

—¡Desgraciados los que no logran encadenar su imaginacion!

Descansó dos horas en su cuarto y á las nueve ocupaba un asiento en el coche de Ugoibea. Su semblante habia cambiado por completo y parecia el más feliz de los hombres.